



Presidente Ricardo Lagos conversa con presidentes Jacques Chirac, José María Aznar y Fernando Henrique Cardoso en II Cumbre Unión Europea - América Latina y Caribe

Ante el Consejo Chileno para las Relaciones Internacionales

Santiago, 10 de octubre de 2001

Para mí, en verdad, es altamente satisfactorio encontrarme esta tarde con todos ustedes, y con muy buenos amigos de Argentina, Brasil, Chile y de algunos otros países de la región.

Esta reunión tiene lugar cuando hay una demanda urgente: el desarrollo de una reflexión regional sobre los asuntos internacionales. Y qué mejor que este lugar para hacerlo, aquí, donde confluyen visiones de políticos, de académicos, de empresarios, de militares, de personeros de distintos ámbitos de la vida nacional de cada uno de nuestros países. Reunir a sus congéneres de Brasil y Argentina ha sido realmente una iniciativa feliz del senador Gabriel Valdés y del Consejo chileno, pues ello nos permitirá avanzar más rápidamente en muchos temas de una agenda compleja y difícil.

LA GLOBALIZACIÓN DESPUÉS DEL 11 DE SEPTIEMBRE

Decir que los fenómenos de relaciones internacionales cambiaron después del 11 de septiembre, con los atentados en dos ciudades estadounidenses, es casi un lugar común. La globalización y la integración económica mundial definen la realidad en la cual actuamos, pero el fenómeno terrorista afecta a la globalización tal como la hemos entendido hasta ahora.

Más allá de la intolerable pérdida de vidas humanas y la destrucción material, los actos del pasado 11 de septiembre tienen consecuencias para el funcionamiento de nuestras democracias, de nuestras economías, y también de la forma como entendemos las relaciones internacionales. Por de pronto, han llevado a una desaceleración de las economías desarrolladas,

que por primera vez tiene lugar en forma simultánea, tanto en América del Norte y en Europa, como en las economías asiáticas. Y, por qué no decir también, en cierto modo han producido el desencanto de la nueva economía ante esta situación crítica. Tengo la impresión de que terminó esa suerte de confianza ingenua que surgió después de la caída del Muro de Berlín, cuando augurábamos un período de una profunda estabilidad. No es estabilidad, precisamente, lo que hoy percibimos. Hemos entrado en una tierra incógnita, donde el hasta ayer conocido escenario de dificultades y enfrentamientos entre Estados, con un solo acto se nos ha convertido en territorio de dificultades y enfrentamientos que hasta ahora no estaba en el tablero internacional. Y qué hacer frente a ello.

LOS CAMBIOS NECESARIOS

Seamos claros: la lucha contra el terrorismo es una lucha por la supervivencia, por la democracia en cada uno de nuestros países, por el desarrollo de nuestras economías. Y esa lucha se hace con más libertad, con más humanismo. Ése es el primer desafío: tener hoy una respuesta inmediata frente a este fenómeno, el terrorismo llevado a escala global.

Segundo, debemos ser capaces de una cooperación internacional sostenida; la comunidad internacional debe desarrollar un esfuerzo internacional para erradicar el flagelo del terrorismo. Tiene que haber una cooperación internacional permanente, sin vacilaciones. Éste es un momento especial, donde se han sentado las bases de una nueva cooperación.

En cierto modo, no deja de ser paradójico: para enfrentar esta acción terrorista, la potencia número uno del mundo ha hecho un ejercicio de diplomacia como pocas veces se ha visto en la historia. El arco internacional que hoy día emerge para enfrentar esta coyuntura, con prácticamente la totalidad de los Estados, pueblos y sociedades unidos tras un propósito común, no tiene parangón en la historia de la humanidad.

En las circunstancias que hoy vivimos, se hace urgente aumentar las facultades y la participación de Naciones Unidas en tareas vinculadas a la paz y la seguridad internacionales. Si Naciones Unidas no asume esa responsabilidad, tal vez se hará demasiado irrelevante, y probablemente todo el sistema multilateral que hemos construido desde la Segunda Guerra Mundial,

será derrotado. No superado por algo mejor; simplemente, lo que hemos construido será derrotado.

Cómo prestamos mayor atención a los componentes sociales y de desarrollo de los conflictos que amenazan la paz y la seguridad internacionales; cómo asumimos que el trato que un gobierno da a sus nacionales dejó de ser un asunto de jurisdicción interna exclusivamente, son materias que han marcado un cambio trascendente en las relaciones internacionales.

En tercer lugar, para hacer frente a la nueva realidad internacional, es menester mejorar la globalización. Mejorarla ciertamente en lo referido a la seguridad humana, pero también en otros aspectos de no menor importancia.

Para ello, creo que debemos, cada uno de nuestros países, comenzar por casa. No debemos seguir llegando tarde a las tareas de más justicia social, cuyos resultados, hoy como ayer, dependen de la calidad y la seriedad de nuestras políticas públicas, y del apoyo político de las sociedades a esas políticas públicas. No hay atajo fácil. El populismo no conduce a resolver los temas de justicia social al interior de nuestras sociedades, eso bien lo sabemos. Debemos hacer nuestras tareas, tanto las nacionales como las regionales. Queremos equilibrios macroeconómicos —sí, son esenciales— tanto como queremos equilibrios sociales. Los unos sin los otros no nos permiten avanzar.

Junto con lo anterior, debemos atrevernos a enfrentar los cambios necesarios en el manejo de la economía global, porque en las negociaciones internacionales y en la institucionalidad económica mundial hay velocidades distintas, según de quienes sean los intereses en juego. Las reglas, si son equitativas, son la fortaleza de los más débiles. Y los que representamos sociedades más débiles desde el punto de vista de su impronta internacional, pedimos reglas equitativas para todos.

La apertura de los mercados por parte de las principales naciones desarrolladas todavía es lenta y limitada, y los programas de cooperación encuentran cada vez más dificultades.

Desde aquí decimos: queremos que nos dejen competir, que abran mercados en condiciones de libre competencia y se terminen los vestigios de proteccionismo.

LA POLÍTICA ECONÓMICA CHILENA: INTEGRACIÓN REGIONAL EN MERCOSUR

Chile es un participante activo en el proceso de globalización. Consecuentes con ello, hemos realizado múltiples cambios en las políticas referentes al acceso de bienes y servicios externos, a inversión extranjera en nuestro territorio. Nos hemos abierto y nos hemos atrevido a participar en un mundo global.

Sin embargo, en países pequeños y medianos, como el nuestro, estos esfuerzos unilaterales no son suficientes, y de ahí la necesidad de embarcarse en procesos de liberalización dentro de marcos de integración mayor en el ámbito regional, como lo es Mercosur.

Desde el punto de vista de nuestra necesidad de integración regional, es esencial lo que permitirán Mercosur y otros entes regionales. Siempre he sido un convencido de que se hace política exterior a partir de la nación, pero desde la región de la cual se forma parte. Hoy Mercosur es para nosotros lo que en su momento, cincuenta años atrás, fue la Comunidad del Carbón y el Acero en Europa. Partieron con intenciones muy modestas, intentando que el carbón y el acero no fueran más elementos de enfrentamiento entre las comunidades europeas, y a partir de allí fueron progresando.

Es cierto, Mercosur se originó definido desde el punto de vista del comercio, particularmente como acuerdo arancelario; y creo, sin embargo, que nuestra plena integración a Mercosur, definido sólo como unión aduanera, deberá esperar al minuto en que converjan nuestras posiciones comerciales. Pero, como muy bien recordaba nuestro amigo, el ex canciller Lampreia, Mercosur es mucho más un acuerdo de integración política sustantivo, desde donde queremos y podemos hablarle al mundo. Porque la verdadera integración se da entre países vecinos, que además de intereses económicos y comerciales, comparten fronteras, valores, proyectos y visiones comunes.

Ése es el sentido que ha tenido cada una de las participaciones de Chile en las reuniones ministeriales del Mercosur, en materias sociales, laborales, de justicia; en materias educativas, de energía o de infraestructura, y nuestra activa participación en los subgrupos de trabajo.

Creo, además, que es esencial que coordinemos allí, junto con otros amigos de América Latina, nuestras políticas, y definamos posiciones comunes que potencien nuestra presencia, por ejemplo en la próxima Ronda de Qatar,

que se realizará en el marco de la Organización Mundial del Comercio. Sólo así podremos tener más fuerza, junto a otros bloques regionales, para enfrentar aquellos temas que sabemos que van a ser complejos y difíciles. Cuando hablamos de antidumping y sus normas, solos difícilmente vamos a ser escuchados. En conjunto con otros, tal vez lo seamos.

¿Tenemos fuerza para colocar estos temas en la próxima Ronda de Qatar? En éste, como en otros temas, hay también países más desarrollados que tienen posiciones similares a las nuestras. Ser capaces de plantearlo de una manera eficaz, es tal vez esencial en este momento.

Junto a lo anterior, el tema de infraestructura y energía me parece esencial. Atribuimos especial trascendencia para el desarrollo de Chile y de los países de nuestra región al desarrollo de la infraestructura. Ella propende a la integración y al acercamiento social y cultural de nuestras naciones. Es la base para posicionarnos mejor en los mercados mundiales.

Chile en 1999, Brasil el 2001, han tenido dificultades en el ámbito energético. Podemos y debemos evitar correr riesgos mediante la interconexión energética en el Cono Sur, lo que, sin duda alguna, va a ser un seguro para nuestras economías.

En esos ámbitos debemos avanzar con mayor rapidez, y también nos compete coordinar mejor nuestras posiciones en el ámbito político. Coincido plenamente con el senador Valdés en que es allí donde Mercosur tiene que ser algo más que un conjunto de intereses fenicios. Claro está que me permití recordar que en la época de los fenicios algunas cosas debían hacerse con permiso de Roma. Me gustaría que, en este caso, lo hiciéramos independientemente.

Es, entonces, al entendimiento político donde tenemos que apuntar. Es allí donde otros procesos de integración en otras regiones del mundo han alcanzado la culminación máxima.

El entendimiento político tiene que ver con el fortalecimiento de nuestros propios sistemas democráticos, con la generación de un espacio de libertad política en la región y la convergencia de políticas educativas, sociales, culturales, de salud, que en último término definen el tipo de sociedad que se va configurando en nuestros países.

UNA ÉTICA PARA LA GLOBALIZACIÓN

Quisiera hacer una última reflexión ante esta audiencia tan distinguida, y es concluir con una parte un tanto olvidada de la globalización, pero tal vez la más urgente. Me refiero a la posibilidad de una ética que acompañe al proceso globalizador.

Vemos cada día cómo la integración acelerada de los mercados de bienes, servicios y capital también presiona tradiciones y valores.

Es cierto lo que decía el senador Valdés: están las agencias que clasifican a los países en sus *ratings*, y cada día los gobernantes tenemos que ver cómo nos están poniendo nota en la prensa mundial.

Es cierto, a ratos nos apresuramos a culpar a la globalización de la degradación de las personas en objetos; esta vez, en manos del mercado. Y decimos: "sí, el mercado es culpable", en la misma forma en que antes culpábamos a las opresiones de diverso tipo por la degradación de las personas.

Permítanme disentir un tanto de tal posición, porque me parece unilateral.

En verdad, la lucha por que la dignidad humana prevalezca sobre el abuso y el atropello, es tan antigua como la humanidad. Lo nuevo en cada época es el conjunto de condiciones en que esta lucha por la dignidad se desenvuelve. Y las condiciones actuales permiten que se extienda por el mundo — mediante formidables vehículos de comunicación, cuyo mejor ejemplo lo hemos tenido en estos días— la noción de que cada persona tiene derechos, y que esos derechos deben ser respetados.

Y precisamente porque defendemos el respeto a la diversidad y el cultivo de ella, es que nos alegramos si la libertad, la democracia y el respeto a los derechos humanos se hacen cada vez más universales. Porque, digámoslo claramente, sin esas igualdades, el derecho a la diferencia que pregonamos, es retórico.

Las desigualdades son la principal amenaza estructural para la globalización, y nunca antes fueron percibidas con la claridad de ahora. El derecho al desarrollo es, a la vez, una virtud y una necesidad; una tarea ética, pero también una tarea económica y social.

Incluso en esta hora que para algunos es oscura, soy optimista. Porque el terrorismo no va a prevalecer y la libertad habrá ganado una batalla más en la conciencia de la humanidad, no me cabe la menor duda, a partir de algo que me parece central: la globalización. Pero para alcanzar su pleno desarrollo, la globalización requiere, inevitablemente, de normas y reglas que permitan a todos que nos desarrollemos, también las naciones más pequeñas; porque, en último término, toda ética se basa en reglas comunes para todos, y eso es lo que permite que florezcan la libertad y la equidad.

La búsqueda de esas reglas requiere una nueva visión por parte de la comunidad internacional. En esa búsqueda de reglas y en esa nueva visión, estoy seguro de que la confluencia de los esfuerzos y voluntades de estas tres instituciones cuya deliberación conjunta se inicia esta tarde, nos va a ayudar enormemente.

Les deseo el mejor de los éxitos en las tareas que ahora inician.

Muchas gracias.